

¿ HACIA UN "REFORMISMO NACIONAL"?

(II)



ESTALINISMO

E

INTERNACIONALISMO PROLETARIO

El PCE ante el Mercado Común Europeo

En el VIII Congreso, la dirección del PCE ha realizado un paso adelante más en su posición ante el MCE: apoyando la asociación a esta institución por un gobierno « democrático » capaz de defender los « intereses de España », trata de situar al movimiento obrero ante una falsa alternativa. Así, su argumentación esencial es la siguiente: o bien nos negamos a la unidad europea — lo cual nos llevaría a coincidir con los sectores más reaccionarios de la burguesía española — o bien aceptamos esta unidad necesaria, dado el grado de internacionalización alcanzado por las fuerzas productivas, asociándose al MCE, una vez desaparecida la dictadura...

Para justificar esta alternativa, Carrillo se ve obligado a alabar los pasos dados hacia la unificación capitalista europea, por un lado, y, por otro, a afirmar que la entrada en el MCE favorecería la mejor defensa de los intereses de los trabajadores..., siempre que fueran compatibles con la defensa del interés de la economía nacional.

Pero, ¿ acaso, como afirma Carrillo, es una « realidad consolidada » el MCE? ¿ Acaso las burguesías europeas se han mostrado capaces de realizar la unificación política y económica de Europa Occidental? Ocultando las contradicciones existentes entre las distintas burguesías « nacionales » que forman parte del MCE, negando el impasse actual en que se hallan, para dar respuesta a las necesidades de la competencia con el imperialismo americano — sobre todo, con la reciente agravación de la crisis del sistema monetario internacional —, escondiendo como la necesidad de eliminar los desequilibrios entre los diversos países y de dar pasos hacia la unificación capitalista europea, exigen nuevos ataques contra la clase obrera europea, tanto en los que se refiera a las condiciones de trabajo y de salarios como en la limitación de los derechos políticos y sindicales de los trabajadores, y en impedir la organización de la solidaridad del movimiento obrero a escala europea (recientemente, las burguesías inglesa y francesa se pusieron de acuerdo para prohibir una reunión entre sindicalistas de ambos países), Carrillo pretende crear la ilusión de que es posible avanzar hacia la unificación europea en el marco del MCE, cuyas estructuras serían gradualmente « democratizadas »...

Las luchas de los trabajadores europeos, en los últimos años, han sido precisamente una respuesta frente al endurecimiento de la política de las burguesías que forman parte del MCE: agravación de la explotación económica y refuerzo del aparato represivo son los dos medios que emplean estas burguesías para obligar a la clase obrera a pagar el precio de una « unidad europea » en el marco capitalista. Es esta realidad — y su manifestación en la intensificación de la lucha de clases —, vivida por un número importante de trabajadores españoles emigrantes en estos países (donde no gozan de la mayor parte de los derechos de la clase obrera autóctona), la que la dirección del PCE pretende ocultar al movimiento obrero español,

fomentando la ilusión de que la entrada en el MCE obligaría a una « democratización » del Estado español.

Contrariamente a esto, la burguesía española, para acelerar la asociación al MCE, sigue viéndose obligada a apoyar a la dictadura franquista, como único medio de hacer pagar a los trabajadores el precio de la « modernización » de la economía, con el fin de poder afrontar en condiciones favorables la concurrencia dentro del MCE.

Así, no sólo el MCE es una realidad llena de contradicciones y enfrentada a una combatividad creciente del movimiento obrero europeo, sino que, de realizarse una asociación por parte del capitalismo español — con o sin gobierno « democrático » — al MCE, las consecuencias no serían las de una « democratización » de la sociedad española — en un período en que esas mismas libertades se ven cada vez más limitadas por las burguesías europeas — sino las de un refuerzo de las bases de apoyo de la burguesía española, más estrechamente unida a Europa capitalista, contra toda amenaza del movimiento de masas para imponer sus reivindicaciones y destruir el aparato represivo de la dictadura. Frente a esta nueva situación, un gobierno « democrático », por su naturaleza, y por su respeto de la legalidad burguesa, no haría más que colaborar con la burguesía para que la clase obrera aceptase la necesidad de subordinar la satisfacción de sus reivindicaciones a la « modernización » de la economía en nombre del « interés nacional ».

Como decíamos en el Combate nº 11 (« Frente al mito de la unidad capitalista europea, los Estados Unidos Socialistas de Europa »), « El proletariado no puede apoyar un proceso de unificación capitalista hecho sobre sus espaldas, contra sus intereses de clase, pero tampoco puede negarse a la unificación europea en nombre de un nacionalismo pequeño-burgués reaccionario, en un momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas está en contradicción flagrante con el mantenimiento del marco político y económico de los Estados nacionales.

« La única salida realmente progresiva a la crisis imperialista en los países europeos es la UNIFICACION SOCIALISTA DE EUROPA y, para ello, el único camino posible es avanzar en el desarrollo y profundización de las luchas emprendidas por el proletariado europeo en los últimos años, dentro y fuera del área del Mercado Común, en la huelga general de 1968 en Francia, la huelga de los dockers en Inglaterra, como en las luchas de Ferro Viejo en nuestro país ».

Con la posición capituladora del PCE ante el MCE, de nuevo se demuestra el utopismo de toda solución intermedia que pretenda conciliar el interés « nacional » — el de los capitalistas — con el interés de la clase obrera: una asociación al MCE, institución capitalista dominada por los monopolios internacionales, en lugar de favorecer la lucha de los trabajadores por sus reivindicaciones (qué pasará con los expedientes de crisis, con los despidos, con el paro, con

las condiciones de trabajo en las fábricas — preguntan los militantes obreros — si entra España en el MCE), opondría constantemente las reivindicaciones obreras al marco capitalista del MCE y plantearía ante la clase obrera la tarea, no de «reformular» el MCE, sino de luchar, junto con los obreros europeos, por una Europa libre de los monopolios y de la explotación capitalista, en donde las estructuras del MCE hubieran sido sustituidas por otras bajo el control directo de las masas.

La crisis del estalinismo y la « vía española al socialismo »

Por otra parte, las resoluciones del VIII Congreso confirman la orientación tradicional del PCE a partir de la década de los 60. Frente a la crisis mundial del estalinismo y al ascenso de la revolución antiburocrática en los países del Este y la URSS — cuyo último ejemplo ha sido ofrecido por las luchas del proletariado polaco en diciembre de 1970 — la dirección del PCE no puede hacer valer ante los trabajadores las « cualidades » del modelo burocrático de socialismo. La época en que la defensa de la URSS, entendida por los PCs como de defensa de los intereses de la burocracia soviética, podía pasar impunemente por encima de los intereses del proletariado internacional, ha entrado en crisis en sus bases mismas, con el nuevo ascenso de la revolución mundial. Pero no por ello, el estalinismo deja de aferrarse a la defensa de sus intereses burocráticos: imponiendo la « normalización » represiva en Checoslovaquia, reprimiendo salvajemente a los trabajadores polacos en diciembre del 70, traicionando la crisis revolucionaria de Mayo 68 en Francia, presionando a la dirección vietnamita para que acepte las exigencias del imperialismo americano y de la coexistencia pacífica, el movimiento estalinista internacional juega un papel paralizante frente a las nuevas perspectivas revolucionarias que abre el período actual.

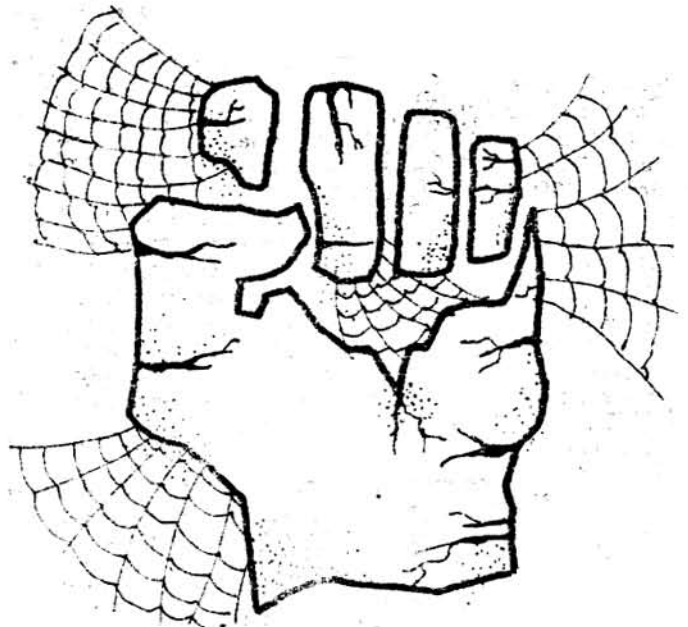
Pero, para mejor defender sus intereses, cada componente de este movimiento — sin por ello romper sus lazos de dependencia respecto al « Estado guía — se ve obligado a adaptarse » a las particularidades nacionales del país en que se encuentra. Así, no es sorprendente observar cómo se produce una tendencia en la mayoría de los PCs europeos a sustituir la educación en torno al tradicional « programa máximo » — el « modelo » socialista de la URSS — por una definición de « vías nacionales al socialismo », que responden a las exigencias de los « aliados » burgueses y socialdemócratas, al mismo tiempo que al rechazo abierto, por parte de una amplia franja del movimiento obrero y de la juventud, del « modelo » burocrático. En el caso del PC español, eslabón débil del estalinismo, la dirección representada por Carrillo, con la condena de la invasión de Checoslovaquia en agosto del 68 y la expulsión posterior del ala prosoviética incondicional de Lister, ha querido tomar sus distancias respecto a la política de Moscú. Pero estas oposiciones, lejos de significar una evolución a la izquierda, no buscaban más que limar asperezas de la deseada oposición « democrática » en España y, sólo secundariamente, frenar el descontento y la condena general por parte del movimiento obrero español de la intervención de la burocracia soviética en Checoslovaquia.

Pero esta « adaptación » de la dirección del PCE a las exigencias de una alianza con la burguesía española, la afirmación de una « vía española al socialismo » no significan ni la conversión del PCE en un partido burgués ni la ruptura de sus lazos con la burocracia soviética y su transformación definitiva en un partido socialdemócrata clásico. La especificidad, pese a las tensiones que pueden producirse en el marco general del estalinismo, del reformismo del PCE sigue estando ligada a la defensa de la política de « coexistencia pacífica » en función de los

intereses de la burocracia soviética. Lejos de oponer a sus « aliados » nacionales frente a la burocracia soviética, Carrillo trata de conciliarlos sobre la base de un objetivo común: asegurar la transición « pacífica » de la dictadura a la « democracia », impedir el estallido de una revolución social en España. Pero este mismo propósito no deja de estar lleno de contradicciones, en cuyo desenlace jugarán un papel decisivo el movimiento de masas que, en un proceso ascendente, se desarrolla en España, y la capacidad de los marxistas revolucionarios para construir una organización que, apoyada en una franja de la vanguardia obrera en ruptura con el reformismo, llegue a ofrecer una perspectiva revolucionaria al movimiento de masas, rompiendo así la hegemonía del estalinismo sobre la clase obrera.

Otro factor importante en las tensiones entre la dirección del PCE y la burocracia de Moscú está constituido por el problema de las relaciones comerciales y diplomáticas con el régimen franquista, que empiezan a mantener algunos gobiernos de países del Este. Desde el envío de carbón polaco en plena huelga de Asturias en enero del 70, hasta la aceptación por parte de la URSS de la presencia del régimen franquista en la conferencia de Helsinki sobre la « seguridad europeo », se manifiesta un proceso de « apertura » tanto por parte del régimen franquista como por parte de la URSS; si bien existe un interés comercial evidente en la ampliación de estas relaciones, existe sin duda también, una razón política de fondo.

Tanto en los planes de Carrillo como en los de los burocratas del Kremlin, el objetivo, a medida que se anunciaba la crisis del franquismo, consistía en presionar sobre los « evolucionistas » del régimen para imponerles, como condición de una « apertura » por parte de Moscú hacia España, la necesidad de desembarazarse de los « ultras » y de « democratizar » el régimen. Pero, con el proceso de « apertura » iniciado ahora, aunque sea limitado, la burocracia de Moscú ha demostrado verse obligada, en aras de la « coexistencia pacífica », a no excluir a la burguesía española — incluso bajo el régimen franquista — de la búsqueda de unas bases comunes para el mantenimiento del « statu quo » en Europa, confiando en que a través de una « liberalización » gradual, el desmantelamiento de la dictadura pueda realizarse de forma pacífica, pero sin esperar a que este proceso se halle consumado para iniciar unas tímidas relaciones.





Frente a esta « nueva » orientación de la burocracia soviética — que, si bien no lleva a un reconocimiento abierto del franquismo, tampoco hace subordinar su « apertura » a la desaparición del mismo —, la dirección del PCE ha manifestado su descontento en diversas ocasiones. Pero, una vez más, estas críticas parten de un mismo fondo común: la defensa de la « coexistencia pacífica ». No se puede, como hace Carrillo, protestar contra la presencia del régimen franquista en Helsinki y, al mismo tiempo, defender que, si hubiera un capitalismo « democrático » en España, las burocracias obreras deberían aplicar una política de acercamiento a España a todos los niveles. La apertura de Moscú demuestra tan sólo que su temor de los efectos que tendría una crisis prerrevolucionaria en España en todo el proletariado europeo es mayor que su confianza en que el PCE sea capaz de frenar la dinámica ascendente del movimiento de masas y de canalizarlo por una vía reformista.

En resumen, la orientación defendida tanto por Moscú como por el PCE, si bien no excluye tensiones y divergencias tácticas, parte de un mismo proyecto: ocultando la solidaridad de clase que une a las burguesías europeas — y a la española, aun con la desaparición del franquismo — con el imperialismo americano, el estalinismo pretende, a través de la presión del « campo socialista » y de los PC occidentales, la « neutralización » de Europa capitalista, con el fin de poder aislar a Estados Unidos.

Para hacer valer esta política, no sólo están obligados a frenar la combatividad y radicalización del movimiento de masas en Europa y aplazar a un futuro lejano la lucha por el socialismo, sino que llegan incluso a alabar la « realidad consolidada » del MCE y las « cualidades revolucionarias » de los gestores leales del capitalismo, como la socialdemocracia sueca o la alemana de Brandt, que, lejos de reflejar corrientes hacia la izquierda (como lo afirma « Mundo Obrero » del 17 de enero) en el movimiento obrero europeo, se hallan cada vez más en contradicción — como lo demuestran las luchas de los últimos años — con

sectores importantes de la clase obrera que tradicionalmente habían confiado en sus « virtudes socialistas ».

¿Qué socialismo ?

La dirección del PCE, pese a las críticas hechas a la invasión de Checoslovaquia o a la burocracia polaca en diciembre del 70, ha demostrado que sigue aferrada a una concepción burocrática del socialismo y a las únicas lecciones sacadas de estas experiencias, la llevan a una modificación de los que debería ser la democracia en la sociedad de transición en beneficio de... la oposición burguesa.

Así, no sólo se garantizan las libertades políticas a la burguesía en una « democracia antimonopolista y anti-feudal » — evitando así el temor de una repetición del « golpe de Praga » — sino que incluso en una sociedad basada en la dictadura de las fuerzas revolucionarias socialistas, como afirma Carrillo, se garantizarán « las libertades democráticas normales a la oposición burguesa, hasta que ésta se extinga por sí misma a falta de base económica, social e ideológica ». Con esta nueva concepción de la democracia, ni burguesa ni proletaria, la política reformista no sólo permite el rearme constante de la burguesía — que, aunque hubiera sido expropiada, seguiría recibiendo toda la ayuda necesaria del imperialismo, sino que impide todo paso adelante de una dictadura del proletariado — en la que la oposición burguesa amenazaría constantemente con la violación de la legalidad proletaria.

Pero esta concepción del socialismo, precisamente porque se niega a realizar los pasos necesarios para llegar a la expropiación de la burguesía — es decir, la autoorganización del proletariado en consejos y la destrucción del Estado burgués — no es más que un « más allá » ideal sobre el cual poder ganar a los aliados de hoy en torno a la realización de un modesto programa reformista dentro del marco de la sociedad capitalista.

BENEGAS
20/2/73